

Emília, la princesa del pueblo

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de campos verdes y montañas azules, una niña llamada Emília. Emília tenía cuatro años y todo el mundo en el pueblo le llamaba «la princesita», porque aunque no llevaba corona ni vivía en un castillo, tenía un corazón tan noble y bondadoso que hacía brillar todo lo que le rodeaba.

Emília era amable con todos. Cuando la abuela Rosa se cansaba de llevar su cesto del mercado, Emília corría a ayudarla. Cuando el perrito de su vecino se enredaba con su cuerda, ella le liberaba con paciencia. Y cuando su madre necesitaba ordenar la casa, Emília recogía sus juguetes sin que se lo pidieran.

Un día, el pueblo se despertó con gran preocupación: el puente de madera que atravesaba el río se había roto. Sin el puente, los campesinos no podían llevar sus cosechas al mercado, y los niños no podían visitar a sus amigos del otro lado.

Emília, que siempre pensaba en los demás, tuvo una idea. Fue de casa en casa pidiendo ayuda. «Si todos trabajamos juntos, podemos arreglar el puente», dijo con su decidida vocecita.

Los vecinos, inspirados por la pequeña princesa del pueblo, se unieron. El carpintero llevó su martillo, el panadero ofreció pan para los trabajadores e incluso los niños recogieron ramas y cuerdas. Emília también ayudó, pasando clavos y animando a todos con su sonrisa.

En poco tiempo, el puente estuvo listo y más fuerte que nunca. Los campesinos pudieron volver a atravesar, los niños pudieron jugar juntos y todo el pueblo lo celebró con una gran merienda en la plaza.

Aquella noche, mientras Emília se acurrucaba en su cama, su madre le acarició el pelo y le dijo:

«No necesitas una corona para ser una princesa, querida mía. Con tu bondad y tu generoso corazón, iluminas a todos los que te rodean».

Emília sonrió y cerró los ojos, feliz de saber que la verdadera magia no se encuentra en los castillos ni en las joyas, sino en ayudar a los demás con amor.